

Óscar Wilde

La esfinge

(fragmento)

Desde un rincón oscuro de mi estancia, durante mucho más tiempo del que puedo imaginarme, una bella y silenciosa Esfinge me espía a través de las tinieblas ondulantes. Inmóvil y serena, no se levanta ni se mueve, porque nada le importan las lunas argentadas ni los soles serpenteantes. El rojo sustituye al gris en el aire; las ondas de luz lunar decaen y huyen, pero cuando llega el alba, ella no se va, y al volver de nuevo la noche todavía está ahí.

La aurora sigue a la aurora, y las noches se suceden, y durante todo el tiempo esta extraña gata permanece acurrucada en la alfombra china con sus ojos de raso con reflejos de oro. Permanece impassible en la alfombra y me mira de soslayo, y en su pecho moreno reluce la piel suave y sedosa que a veces agita leves estremecimientos, que van a morir en sus orejas puntiagudas.

¡Acércate ya, mi hermoso senescal, tan soñoliento y estatuario! ¡Acércate, criatura de exquisita extravagancia, mitad mujer y mitad animal! ¡Acércate, bella y lánguida Esfinge, y apoya tu cabeza en mis rodillas! ¡Acércate y déjame acariciar tu garganta y ver tu cuerpo moteado como del lince! ¡Déjame tocar esas encorvadas garras de pálido marfil y acariciar esa cola que cual monstruoso áspid se enroscas alrededor de tus patas de terciopelo!

...

¡Alza tus grandes ojos negros de raso, que son como cojines donde uno descansa! ¡Tiéndete a mis pies, fantástica Esfinge, y relátame tus recuerdos! Háblame de la virgen judía que erraba con el Niño Santo y dime cómo les gustaba a través del desierto y cómo durmieron a tu sombra. Háblame de aquella embalsamada tarde de estilo, cuando, recostada en la ribera, oíste surgir de la dorada barca de Adriano, la alegre risa de Antínoo y cómo bebiste en la corriente para apagar tu sed y contemplaste con ardiente y ávida mirada el cuerpo marfileño de aquel hermoso esclavo cuya boca parecía una granada. (...)

...

¿Quiénes eran tus amantes? ¿Quiénes eran los que por ti luchaban en el polvo? ¿Cuál era el instrumento de tu lujuria y quién tu amante cotidiano? ¿Iban los gigantes lagartos a tenderse ante ti en los juncos de la ribera? ¿Se arrojaban sobre ti los grandes grifos con flancos de metal en tu revuelto lecho? ¿Iban los monstruosos hipopótamos a abrazarse contigo entre la bruma? ¿Eran los dragones de doradas escamas los que se retorcan de pasión cuando pasabas junto a ellos? ¿Y cuál fue la horrible quimera que surgió del sepulcro licio de ladrillo, con horribles cabezas y espantosas llamas, para hacer engendrar nuevas maravillas a tu seno?

...

¿Cuán sutil es tu sonrisa! ¿No amaste a nadie, entonces? ¡Ah, ya lo sé! ¡El gran Amón fue tu compañero de lecho, y se tendió junto a ti a orillas del Nilo! Los hipopótamos que yacían en el lodo, tocaron sus trompetas al verte llegar, perfumado con gálibano de Siria e impregnado todo con nardo y con tomillo.

Avanzó por la ribera cual enorme nave de argentadas velas; avanzó sobre las aguas, armado de belleza, y ellas se abrieron a su paso. Caminando por la desierta arena llegó al valle en que tú yacías. Esperó hasta la aurora y tocó entonces tus negros pechos con la mano.

Besaste su boca con labios de fuego, e hiciste tu amante del dios cornífero. Le acompañaste en su trono y le llamabas por su nombre secreto. Susurrabas monstruosas profecías en las cavernas de sus oídos y con sangre de culebras y de toros, le enseñaste a hacer horribles sortilegios. El blanco Amón fue tu amante y el Nilo cubierto de vapores vuestro látamo, y tú, con tu sonrisa arcaica y misteriosa, contemplabas el crecer y disminuir de su pasión.

...

Sobre un pedestal de pórfido y de perlas, brillaba demasiado para mirarle, porque en su pecho de marfil resplandecía la maravillosa esmeralda del océano, esa misteriosa joya que algún buceador de los abismos colchianos encontró entre las negras ondas y llovó a la bruja de Cólquide.

(...) Mil rapados sacerdotes se inclinaban noche y día ante el altar de Amón, mas ahora... ahora, la maligna víbora y el venenoso áspid se arrastran por las piedras con sus crías, porque la mansión está en ruinas y el soberbio monolito de rosado mármol amenaza derrumbarse.



El asno salvaje y el chacal errante van a refugiarse en las puertas vacilantes, y sáiros feroces llaman a sus compañeros entre los estriados fustes que yacen por el suelo, y en la cúspide del templo hállase el mono azul de Horus, que chillá mientras la higuera resquebraja los pilares del peristilo.

...

El cuerpo del dios disperso aquí y allá, y profundamente clavada en la arena agitada por el viento, he visto su gigantesca mano de granito todavía crispada en impotente desesperación. Y muchas caravanas errantes de negros de aire imponente, envueltos en chales de seda, se detienen aterrorizadas, al atravesar el desierto, ante ese cuello que nadie puede abrazar. Y muchos beduinos de grandes barbas abren sus albomocos de listas amarrillas para contemplar los músculos titánicos de aquel que fue en otro tiempo su paladín.

...

¡Andal! ¡Busca los fragmentos en la ciénaga, lávalos con el rocío vespertino y reconstruye con ellos el cuerpo de tu mutilado amante! ¡Ve a buscarlos allí donde yacen solitarios y rehaz con esos restos a tu compañero destruido! Despierta locas pasiones en la insensible piedra y hechiza su duro oído con himnos sirios. Él amó tu cuerpo. ¡Sé buena! Viente nardo sobre sus cabellos y arrolla bandas de suave lino en sus miembros. Pon en su garganta el collar de monedas, y con frutos rojos devuelve su color a los labios pálidos. ¡Teje púrpura para sus caderas enlameadas y para sus descarnadas espaldas.

...

¿Por qué te detienes? Vete de aquí, que estoy cansado de tus alivos gestos, de tu mirada lija y de tu soñolenta magnificencia. Tu horrible y pesado aliento hace vacilar la luz de la lámpara, y en mi frente siento los húmedos y terribles rocíos de la noche y de la muerte. Tus ojos son como fantásticas lunas que se estremecen en algún lago estancado, y tu lengua cual serpiente escarlata que danza al son de aires extraños. Tu pulso late en envenenadas melodías y tu negra garganta es como el agujero que dejan una antorcha o unas brasas en los lapices sarracenos.

¡Vete! Las estrellas de matices azufrados huyen por las puertas del poniente. ¡Vete, o será demasiado tarde para subir a sus silenciosos carros de plata! Mira, la aurora tiembla ya en torno a los grises campanarios de dorados cuadrantes, y la lluvia resbala por los cristales, empañando con sus lágrimas el descolorido día. ¿Qué Furia de cabellos de serpiente, recién salida del Infierno, con exóticos e impúdicos gestos huyó de la reina aletargada con adormideras y te introdujo en el cuarto de un estudiante?

...

¿Qué mudo fantasma de pecado se deslizó entre las sombras de la noche, y, al ver arder tan intensamente mi bujía, llamó y te invitó a entrar? ¿No hay otros más malditos y más blancos de lepra que yo? ¿Están secos el Abana y el Farfar para vengas aquí a saciar tu sed?

¡Vete de aquí, repugnante misterio! ¡Odioso animal, vete de aquí! Tú despiertas en mi espíritu todos los instintos de la bestia, y haces de mí lo que no quisiera ser! Haces de mi credo una farsa estéril y evocas en mi mente ensañaciones sensuales. ¡Atis con su cuchillo ensangrentado era mejor que lo que yo soy!

...

¡Falsa Esfinge! ¡Falsa Esfinge! ¡Junto a los cañaverales del Estigia, el viejo Caronte espera mi óbolo, apoyado en su remo! Parte tú primero y déjame ante mi crucifijo, cuya pálida carga, abrumada de dolor, contempla al mundo con desfallecida mirada y llora por cada alma que muere; y llora en vano.

Oscar Fingal O'Flaherty Wils Wilde. (1856 - 1900)
Poeta y dramaturgo inglés. La Esfinge pertenece a su libro El ruiseñor y la rosa.

